cado en aquel momento solemne, y que me concedieron que nada callase á sabiendas. Con vacilante paso, pero con una confianza filial en la bondad divina, acerquéme al confesonario, y allí esperimenté de nuevo la eficacísima virtud de la gracia, sin sentirme cortado de vergüenza, y en general sin necesidad del menor esfuerzo: confesé todos los errores de mi vida, y despues de haber recibido la absolucion, me volví à mi casa con la firme confianza de que todos mis pecados quedaban perdonados. El dia siguiente por la mañana, tuve la indecible felicidad de verme incorporado á la sociedad real de Jesucristo y de su Iglesia, por medio de la recepcion de la Santísima Eucaristìa, y sentí desarrollarse en mí, con la práctica de las virtudes, una energía por la cual en vano habia suspirado hasta entonces."

SILVIO PELLICO.

¿Quién no ha oido hablar de Pellico, de el suave y lastimero acento que, desde el tenebroso rincon de un calobozo, nos habla de las inefables dulzuras, de las hechiceras armonias de la santa religion católica? El lugar de tan eminente escritor, cuyas páginas, que están lle-

nas de un purísimo amor hácia Dios y para con los hombres, han conducido á tantas almas á la senda de la verdad, estaba señalado en nuestra coleccion de antemano. Vamos à limitarnos á extraer de sus escritos algunos pasajes que no podràn menos de inspirar el deseo de conocer mejor á un autor tan puro y tan profundamente cristiano.

"¡La primera vez que dispertamos en una cárcel es cosa horrible! ¡Será posible! díjeme haciendo memoria del lugar en que me encontraba; ¡será posible! ¡yo aquí! ¡y que esto no sea un sueño! ayer me prendieron, ayer me sometieron á ese largo interrogatorio que habrá de proseguir mañana....¿Y cuando tendrá término?.....¡Ayer noche fué cuando, antes de dormirme, lloré pensando en mis padres!

El sosiego, el silencio absoluto, el breve sueño que habia reparado las fuerzas de mi mente parecian haber hecho cien veces mayor en mí la posibilidad de padecer. En medio de esta total carencia de distracciones, la afliccion de todos aquellos seres á quienes amaba, y sobre todo la de mi padre y de mi madre cuando llegase á saber mi prendimiento, pintábase en mi imaginacion con increible fuerza.

En este instante, decíame para mí, están durmiendo todavía tranquilos, ó están dispiertos y acaso piensan con satisfaccion en su hijo! ¡léjos están de sospechar donde me hallo! ¡Oh cuán venturosos serian con que les sacase Dios de este mundo antes de que llegase á Turin la noti-

cia da mi desgracia! ¿Quien les dará vigor para que puedan sobrellevar ese golpe?

Una voz interior pareció contestarme: "¡Aquél á quien todos los afligidos invocan, aquél á quien aman y que dentro de sí mismos sienten! Aquél que dió á una madre la suficiente fortaleza para seguir á su hijo hasta el Gólgota, para estarse al pié de su cruz! ¡el Amigo de los infortunados, el Amigo de los mortales!

Esta fué la primera vez que la religion triunfara en mi alma; al amor filial debí tamaño beneficio. Hasta entonces sin ser enemigo de la religion, poco y mal la observaba. Aquellas vulgares objeciones con que se acostumbra combatirla, parecíanme destituidas de solidez, y sin embargo debilitaban mi fé mil sofísticas dudas.

Desde mucho tiempo hacia ya no recaian sobre la existencia de Dios estas dudas, pues me decia yo que si Dios existe, debe, por su justicia, conceder otra vida al hombre que padece en un mundo tan injusto; de lo cual resulta la necesidad en que está todo hombre racional de aspirar á los bienes de esa otra vida, y de lo que resulta igualmente la necesidad de amar á Dios y al prójimo y de aspirar continuamente á perfeccionarse por medio de nobles sacrificios. Hacia ya mucho tiempo que me decia todo esto, y que agregaba: ¡Ay! ¿que otra cosa es el cristianismo sino esa perpetua aspiracion á hacerse perfecto? Y asombrábame de que siendo la esencia del cristianismo tan pura, evidente-

mente tan filosòfica é inatacable, hubiese habido una época en que la filosofía se hubiera atrevido á decir: "En lo venidero yo reemplazaré al cristianismo.—¿Y cómo le reemplazarás?.... ¿Enseñando el vicio?—No, sin duda.—¿Enseñando la virtud? Pues bien, esa enseñanza se reducirá al amor de Dios y del prójimo, y eso precisamente es lo que enseña el cristianismo."

Aun cuando fuesen estos mis sentimientos desde muchos años hacia, confieso con vergüenza mia, que evitaba ir á parar á esta conclusion: sé, pues, consecuente contigo mismo; sé cristiano; deja de escandalizarte de unos cuantos abusos; no te irrites ya contra algunos puntos difíciles de la doctrina de la Iglesia, supuesto que el punto esencial es clarísimo: "ama á Dios y al prójimo."

En mi cárcel fué donde por fin me resolví á deducir estas consecuencias, y las deduje. Vacilé algun tiempo reflexionando en que, si se llegaba á saber que era mas religioso que antes, se me tendria por un hipòcrita, por un hombre envilecido por la desgracia. Pero conociendo que no era hipócrita ni envilecido, tuve á punto de honor no inquietarme de las censuras en que pudiera incurrir sin merecerlas, y resolví ser cristiano en lo venidero, y declararlo á voz en cuello.

Puse en práctica esta resolucion mas adelante, pero comencé á meditarla, y por decirlo así á quererla desde aquella primera noche de mi cautiverio....

Habiendo leido cierto dia, que es necesario orar contínuamente, que la verdadera oracion no consiste en proferir muchas palabras, sino en adorar á Dios con sencillez en nuestras palabras y acciones, y en hacer que unas y otras sean el cumplimiento de su voluntad santa, propúseme dedicarme sériamente á esa oracion contínua, es decir, á no permitir ya que abrigase mi mente un pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme con los decretos del Altísimo.

Mis oraciones fueron siempre cortas, no ya por menosprecio, porque las creo por el contrario infinitamente salutíferas, á unos mas, á otros menos, para fijar la atencion cuando se ora, sino porque por naturaleza no puedo rezar mucho sin que se olvide mi imaginacion y se abandone á una multitud de distracciones.

El cuidado que tenia en estar incesantemente en presencia de Dios, lejos de cansarme el espíritu y de ser un motivo de ansiedad para mí, era al contrario un ejercicio lleno de dulcedumbre. No perdiendo jamás de vista que Dios està siempre á nuestro lado, que está con nosotros, ó mas bien, que estamos nosotros en él, cada dia iba la soledad perdiendo para mí mas y mas sus horrores. "¿No me encuentro acaso, decia yo con frecuencia para mì, perfectamente acompañado?" Entonces poníame mas tranquilo y entonaba en voz baja algunas cantatas con gusto y con ternura.

¡Pues bien! decia en mi mente. ¿No habria

podido suceder que me viese atacado de alguna enfermedad que me hubiera conducido al sepulcro? Los que me aman, despues de abandonarse a la pena por haberme perdido, habrian sin embargo encontrado poco á poco, fortaleza para resignarse. Una cárcel en vez de sepulcro, me ha tragado; ¿debo creer que en este caso, no les conceda Dios la misma fortaleza?

Mi corazon hacia los mas ardientes votos por aquellos séres. Sin embargo lloraba yo, empero no carecian de dulzura aquellas lágrimas. Alimentaba plena confianza en que Dios á todos nos tendria, y no me he engañado.....

.....

Resignarme á todo el horror de un dilatado encierro en la cárcel, resignarme al cadalso, no era cosa superior á mis fuerzas; pero resignarme al dolor inmenso que sentirian mi padre, mi madre, mis hermanos y hermanas, ¡ay de mí! para esto no bastaban mis fuerzas.

Prosternéme entonces en tierra, y con un fervor que jámas tuviera, proferí esta plegaria:

"Dios mio, todo lo acepto de tu mano; dígnate conceder la suficiente fortaleza á aquellos á quienes era necesario para que como tal cese de reputarme; ¡no permitas que la vida de ninguno de ellos se abrevie por eso un solo instante!"

¡Oh beneficios de la oracion! Por espacio de muchas horas tuve el espíritu elevado á Dios y aumentábase mi confianza á medida que meditaba en la bondad Divina, á medida que medi-

taba en la grandeza del alma humana cuando se desprende de su egoismo y se esfuerza en no tener mas voluntad que la de la sabiduría infinita.

Sí, eso es posible, y es un deber del hombre: la razon; que es la voz de Dios, nos dice que es necesario que á la virtud todo lo sacrifiquemos; ¿y seria completo el sacrificio que á la virtud debemos, si en los mas dolorosos accidentes luchásemos contra la voluntad de Aquél que de toda virtud es el orígen, el principio?

Cuando la muerte, ó cuando cualquier otro tormento es inevitable, abrigar un temor cobarde y no caminar bendiciendo al Señor, al peligro, es una señal de ignorancia ó de una degradacion deplorable. Es preciso que consintamos no solo en nuestra propia muerte, sino en la afliccion que costará ésta á aquellos à quienes amamos. Lo que únicamente nos es lícito, es pedir à Dios que nos mitigue esa afliccion y que siempre le estemos sumisos. Una oracion de esta naturaleza es siempre atendida."

No siempre conservó Silvio estas admirables disposiciones; aguijado por sus padecimientos, sus congojas, las torturas morales que sentia, dió entrada en su corazon á la exasperacion y al despecho.

"Habia perdido, dice, aquella calma habitual que creia haber adquirido en Milan, y por espacio de muchos dias desesperé de recobrarla; fueron dias infernales. Entonces me dejé de orar, dudé de la justicia de Dios, maldije á los

hombres y al universo entero y agité en mi mente todos los posibles sofismas sobre la inutilidad de la virtud.

El hombre que estando en la desgracia se abandona á la rabia vuélvese horriblemente ingenioso en calumniar á sus semejantes y hasta el Criador mismo. La ira es mas inmoral y mas perversa de lo que comunmente se piensa; no puede el hombre estar rugiendo desde que sale el sol hasta que se pone por espacio de semanas enteras, y el alma mas esclava del furor tiene necesariamente algunos intervalos de descanso; estos intervalos quedan todavía ordinariamente afectados de la inmoralidad que les precediera; parece entonces que está uno en paz, pero esta paz es malvada é impía; es una sonrisa salvaje, sin caridad ni dignidad; es un amor de desórden, embriaguéz y sarcasmo.

En esta situacion contaba por espacio de horas enteras con una especie de exagerado júbilo extraño á todo recto sentimiento; chanceábame con todos los que entraban á mi cuarto, y esforzábame en considerarlo todo con una sagacidad vulgar, con la sagacidad de los cìnicos; esta época espantosa duró poco, siete ú ocho dias.

Mi biblia estaba cubierta de polvo; uno de los hijos del carcelero me dijo haciéndome caricias: "Desde que vuestra señoría ha dejado de leer ese librajo viejo, no está ya, á mi parecer, tan melancólico."

—¿Ese es tu parecer? preguntéle. Y tomando la biblia, quitéla el polvo con mi pañuelo; la

abrí al acaso, y presentáronse estas palabras á mis ojos:

1. *Et ait ad discipulos suos: Imposibile est ut non veniant scandala: ¡ux antem illi per quem veniunt!*

2. *Utilius est illi si lapis molaris imponatur circa collum ejus, et projiciatur in mare, quam, ut scandalizet unun ex pusillis istis.* (1).

Sorprendióme la circunstancia de haber ido á dar con estas palabras, y avergonzéme de que aquel niño hubiese echado de ver por el polvo de que estaba cubierta mi biblia, que habia dejado de leerla, y de que pensara que me habia vuelto mas amable desde que no pensaba en Dios.

—¡Bribonzuelo! díjele reprendiéndole con dulzura y afligidísimo por haberle escandalizado; este libro no es un librajo viejo, y desde que he dejado de leerlo, me he vuelto mucho mas perverso que antes. Cuando tu madre te da licencia para que te estés conmigo un instante, procuro desterrar de mí el mal humor, pero no sabes tú cuanto me domina á mis solas, cuando canto como un furioso.

Luego que se hubo ausentado el chico experimenté cierta alegría por haber vuelto á tomar la biblia y por haber confesado que sin ella era

(1) 1. Jesus dijo á sus discípulos: Es imposible que no venga escándalo, ¡pero ay de aquél por quien el escándalo viniere!

2 Valdria mas para él que fuese arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, que escandalizar á uno de estos párvulos. S. Luc., cap. 17 v. 1.

mas perverso. Figurábaseme que acababa de dar satisfaccion á un generoso amigo á quien injustamente ofendiera, y que con él me habia reconciliado.

"¡Con que te habia yo abandonado, Dios mio! esclamé; ¡y me habia pervertido, y habia podido llegar á creer que la infame risa del cinismo estaba bien á mi situacion desesperada!"

Pronuncié estas palabras con una emocion indecible; coloqué la biblia en un asiento, me arrodillé en el suelo para leerla, y yo que tan dificilmente lloro me deshice en llanto.

Estas lágrimas me fueron mil veces mas gratas que todo aquel júbilo animal á que me habia abandonado antes. Sentia que se ejercia de nuevo en mí la influencia divina, echaba de ver que amaba á mi Criador, arrepentíame de haber ultrajado con el hecho de degradarme, y protestaba que nunca me apartaria de él! ¡no, nunca!

¡Oh cuánto un paso hácia la religion eleva el alma y la consuela!

Estúveme leyendo y llorando por espacio de mas de una hora, y levantéme lleno de confianza en que Dios estaba conmigo y en que me habia perdonado mi locura. Entonces mis desdichas, los tormentos que me causaba el proceso que se me seguia y el suplicio que me amagaba pareciéronmeme poca cosa. Alegréme de padecer porque encontraba en ello la oportunidad de desempeñar un deber, por-

que obedecia al Señor, si con resignacion padecia....

Habiéndose suscitado estas reflexiones en mi mente, reiteré la resolucion que habia tomado de normar á los principios evangélicos mis pensamientos sobre todas las cosas humanas, mis opiniones sobre los progresos de la civilizacion, mi filantropía, mi patriotismo y todos los afectos de mi alma.

Los pocos dias que habia pasado en el olvido de Dios me habian sumamente mancillado; por espacio de mucho tiempo resentì los efectos de aquel estado y costóme infinito trabajo destruirlos. Cada vez que cede el hombre un tanto cuanto á la tentacion de envilecer su inteligencia, cada vez que se deja ir á la tentacion de contemplar las obras de Dios por entre el prisma infermal de la mofa y que cesa de poner en práctica el benéfico ejercicio de la oracion, el destrozo que en su propia razon opera dispónele á que con facilidad reincida. Por espacio de muchas semanas, fuertes pensamientos de incredulidad me asaltaron y tuve que emplear, en repelerlos, todas las potencias de mi alma.

Cuando hubieron cesado estos combates, cuando juzgué que me habia vuelto á robustecer en el hábito de honrar á Dios en todos mis actos voluntarios, disfruté durante algun tiempo, de una paz gratìsima."

Habiendo sido Silvio trasladado al Spielberga, todavìa tuvo que sostener violentos combates en los cuales el amor divino y la fé siempre triunfaron. Aconteció que cayese gravemente enfermo y tuvo la felicidad de entablar relaciones de amistad con otro preso llamado Orboni, que encerrado en un calabozo contiguo, sobrellevaba con una invencible paciencia los dolores que una dilatada enfermedad le ocasionaba. Confióle Silvio sus crueles pesares.

"Aprovechemos, decíame Orboni, el poco tiempo que nos conceden para darnos mútuamente valor con el auxilio que la religion nos proporciona. Hablemos de Dios y excitémonos á amarle; acordémonos de que él es la justicia, la sabiduría, la bondad, la hermosura, y en fin, que él es cuanto excelente pudiéramos jamás imaginarnos. Asegúrote que no está léjos de mí la muerte, y te quedaria eternamente agradecido si contribuyeras á volverme, en estos mis postreros dias, tan religioso como toda mi vida hubiera debido serlo."

Y nuestras pláticas no tenian ya mas objeto que la filosofía cristiana, y las comparaciones que de ella haciamos con las mezquinas y estrechas ideas del materialismo. Nos regocijábamos uno y otro al encontrar una concordancia tan perfecta entre el cristianismo y la razon; examinando las diversas comuniones evangélicas existentes, percibiamos que la Iglesia católica es la única que pueda hacer frente á la crítica, que la doctrina de esta Iglesia consiste en los mas racionales dogmas y en la moral mas

pura, y que no es una miserable invencion de la humana ignorancia.

"Y si por una casualidad que no nos es dado esperar, decíame Orboni, volviésemos á la sociedad, ¿seriamos tan cobardes que nos avergonzásemos de seguir los principios del Evangelio? ¿seriamos tan viles que nos llenásemos de inquietud al pensar si alguno se imaginaria que el encierro habia debilitado nuestra alma, y que por flaqueza nos habiamos afirmado mas en la fe?

—"Querido Orboni, contestéle, tu pregunta me revela la contestacion que me darias, y esa contestacion es tambien la mia. Ser esclavo de la opinion ajena es el colmo del envilecimiento, cuando está uno en la persuacion de que esa opinion es errónea. No creo que ni tú ni yo descendamos jamás á semejante grado de bajeza.....

.....

Algunos dias después habíame dejado la calentura y padecia menos del pecho; pero parecia que tenia un volcan en el cerebro y no podia mover la cabeza sin sentir en ella atroces dolores.

Dije á Orboni como me sentia; él tambien estaba peor que de costumbre.

"Amigo mio, me dijo, no está distante el dia en que uno de nosotros dos no pueda ya asomarse á la ventana; cada vez que nos saludamos puede ser la postrera. Estemos pues dispuestos uno y otro, ya á morir, ya á seguir en pos de un amigo."

Su voz estaba conmovida, nada podia yo contestarle. Guardamos un instante silencio, y luego repuso:

"¡Cuan feliz eres con saber hablar aleman! podrás siquiera confesarte. He pedido un sacerdote que supiese hablar italiano y se me ha dicho que no lo habia; empero bien ve Dios mis deseos y desde que me confesé en Venecia paréceme, de veras, que nada grave tengo que echarme en cara.

"—¡Ay de mí! contestéle; si ahora se me concediese un sacerdote asegúrote que de todo corazon me confesara y que á todos perdonaria.

"—¡Derrame sobre tí su bendicion el cielo! contestóme; ¡que júbilo me causas! ¡Hagamos, sí, hagamos cuanto nos sea posible uno y otro para estar eternamente reunidos en el cielo así como lo estuvimos en nuestra época de infortunio!...."

Agravóse mi mal por espacio de una semana; deliraba de dia y de noche.

Diéronme á Kral y á Kubitzky por asistidores; servíanme los dos con cariño.

Kral, cada vez que volvia un poco en mí, repetíame:

"—Tened confianza en Dios; solo Dios es bueno.

"—Pedid á Dios, decíale yo, no que me sane, sino que se digne aceptar mis desventuras y mi muerte en expiacion de mis pecados."

Sugiriéme que pidiese los sacramentos.

"—Si no los he pedido, contestéle, atribuidlo á la debilidad de mi cabeza; pero para mí será un gran consuelo recibirlos."

Refirió Kral lo que yo dijera, al superintendente, y mandóse llamar al capellan de cárceles.

Confeséme, comulgué y recibílos santos ólios. El sacerdote se llamaba Sturm. Las reflexiones que me hizo acerca de la justicia de Dios y la injusticia de los hombres, sobre el deber en que estamos de perdonar y sobre la vanidad de las cosas mundanas, no eran trivialidades; tenian el sello de un ánimo elevado é instruido y de un corazon abrasado de amor hácia Dios y para con el prójimo.....

.....

Yo habria deseado que el capellan, de quien habia quedado tan contento estando enfermo, se nos hubiese concendido por confesor, y que de vez en cuando hubiésemos podido verle aun sin estar gravemente malos. Pero en vez de conferirle este cargo diónos el gobernador un religioso agustino que se llamaba el Padre Bautista, hasta que el gobierno de Viena hubiese confirmado este nombramiento ó hiciese otro.

Mucho temí perder en este cambio empero equivoquéme. El Padre Bautista era un ángel de caridad; sus modales eran muy finos y aun elegantes; raciocinaba profundamente sobre las necesidades del hombre.

Suplicámosle que con frecuencia nos visitase. Pasaba á vernos cada mes, y mas á menudo si podia. Traíanos tambien, con permiso del gobernador, algunos libros, y nos decia, de parte de su abad, que estaba á nuestra dispocion toda la biblioteca del convento. Gran beneficio habria sido para nosotros que hubiese tenido larga duracion aquel órden de cosas; sin embargo nos aprovechamos de él por espacio de muchos meses.

Despuàs de confesarnos quedábase mucho tiempo en conversacion con nosotros. En todas sus palabras manifestaba una alma recta, llena de dignidad y de entusiasmo hácia la grandeza y santidad del hombre. Tuvimos la felicidad de disfrutar, por el término de sobre un año, de sus luces y de su cariño, y constantemente fué el mismo. Nunca profirió una palabra que hiciese sospechar que fuera su intencion sacrificar su ministerio á la política; nunca cesó de prodigarnos los mas delicados miramientos.

A los principios desconfiaba de él, es muy cierto; esperaba verle emplear la destreza de su entendimiento en investigaciones inoportunas. Semejante pensamiento no es sino demasiadamente natural en un preso de Estado; ¡pero cuán consolado se siente uno cuando su desconfianza se disipa, cuando percibe que en aquel ministro del altar tan solo existe un fervor inspirado por el amor á Dios y al hombre!

Tenia un modo particular y eficacisimo de

dar consuelos. Acusábame yo, por ejemplo, de los estremecimientos de ira que me solian sobrecoger cuando pensaba en el rigor de la disciplina; poníase él á hacer algunas reflexiones acerca de la virtud de la paciencia y el perdon, y luego llegaba á pintar, con vivísimo colorido, las miserias que pasaban los hombres de condiciones diversas de la mia. Habia vivido mucho tiempo en las ciudades y en el campo, habia conocido á los grandes y á los pequeños, y habia meditado sobre las injusticias de los hombres; sabia, en fin, describir con destreza las pasiones y las costumbres de las diferentes clases de que la sociedad se compone. Mostrábame por todas partes fuertes y débiles, opresores y opresos; manifestábame que por todas partes habia la necesidad de aborrecer á nuestros semejantes, ó la de amarles por compasion y en virtud de una generosa indulgencia. Los hechos que me referia para traerme á la memoria lo universales que son los males y la utilidad que nos es posible sacar de ellos, nada tenian de extraordinario; eran por el contrario, harto comunes; empero exponíalos en términos tan exactos y tan enérgicos, que indispensablemente me hacia palpar las consecuencias que se debia deducir de ellos.

¡Ay, sì! cada vez que acababa yo de oir sus benévolas expresiones y sus dignos consejos, sentíame abrasado de amor á la virtud: entonces ya no odiaba á nadie y habria dado mi vida por el mas mísero de mis semejantes; entonces

bendecia à Dios, porque se habia servido hacerme hombre.

¡Ay! ¡infeliz de aquél que ignora cuánto la confesion es sublime! ¡desdichado de aquél que, para distinguirse del vulgo, se cree obligado á verla con desprecio! De que se conozca la obligacion que tiene cada cual de ser bueno, no se sigue que no se necesite oirlo decir, y que baste con las íntimas reflexiones y las buenas lecturas que cada cual hace. No: la voz viva de un hombre tiene un poder de que las lecturas y las reflexiones á solas carecen. ¡Siéntese entonces mucho mas conmovida el alma! ¡son mucho mas profundas las impresiones que se producen! En un hermano que os habla existe un calor, una oportunidad que en vano buscaríais en los libros y en vuestra propia mente."

Habiendo recobrado la libertad y vuelto al seno de su familia, consagró Silvio toda su existencia á hacer amar las hechiceras dulcedumbres de la ley divina. Vamos á insertar en seguida algunas estrofas que tomamos de sus *Poesías inéditas*, en las cuales da á conocer los primeros años de su vida, y muestra totalmente desnuda su alma.

"Si el hombre que durante su infancia fué piadoso, imprime algunas veces sobre la tierra vergonzosas huellas, no es porque la religion sea una impotente guia para el corazon que á ella se adhiere; es porque vuelve la espalda á ese santo àngel que le conduce, para seguir es-